

que no hace sino aplaudir la aparición del libro, a otros muchos aspectos que nos sugiere. Tiempo habrá de utilizar esta correspondencia como fuente para el conocimiento de una etapa singular en la historia de nuestra poesía y de nuestra literatura. Preferimos ahora dejar constancia de nuestra gratitud como lectores hacia aquellos que han hecho posible que vea la luz, no sólo con su autorización preceptiva —Biblioteca Houghton y familias Salinas y Guillén—, sino a quienes como Jaime Salinas y Claudio Guillén han procurado que este libro viera la luz en una edición tan correcta y digna, tan noble y generosa, dirigida por un editor de lujo, cuyos trabajos sobre los poetas de la «joven literatura» son, como ahora se dice, de referencia: Alberti, Lorca, Gerardo Diego, Salinas, Guillén y tantos otros se han beneficiado de su buen hacer y de su capacidad investigadora.

Por todo ello, hay que realizar, finalmente, una valoración totalmente positiva del trabajo realizado por Andrés Soria Olmedo. En el estudio preliminar nos han informado de la situación de las cartas y ha valorado su interés para el conocimiento de todo un período literario. Pero no se ha contentado con ello. Ha realizado una interesante exégesis de la carta y de los epistolarios como género y ha mostrado su valor como comunicación humana y cultural. Y, a partir de ahí, ha realizado un estudio de las dos etapas que es posible distinguir en este epistolario, valorando situaciones y anunciando posibilidades de nuevas investigaciones. Debemos referirnos también a su trabajo como seleccionador del epistolario, cuyo alcance hemos de aprobar con un voto de confianza, ya que, si bien conocemos lo que se ha publicado, desconocemos lo que se ha dejado de publicar, aunque aceptamos que las cartas que nos ha ofrecido son las más literarias. Porque está claro que sólo leemos una parte de la correspondencia. De Salinas hay en Harvard 358 cartas (de las que se seleccionan 147), y de Guillén se conservan 222 (de las que podemos leer 79). Pero son exigencias del oficio y del espacio, ya que hay que reconocer que la editorial ha llevado a cabo un gran esfuerzo. Por último, nos referimos a las notas al epistolario. Destacan por su profusión y carácter informativo, y, aunque el propio Soria confiesa sus difi-

cultades a la hora de precisar tan numerosos datos, hay que destacar que son bastante completas. Pero la puerta, como ya anunciamos, sigue abierta a nuevas investigaciones que completen datos y referencias. Y así lo proclama el editor y nosotros con él: «...forse altri canterà».

OSCURA VOZ



Antonio Marín Albalate

Barro. Grupo Poético. Sevilla

SANTIAGO DELGADO

MARÍN Albalate es poeta perteneciente a esa maldita estirpe de los Beaudelaire, Rimbaud...; o, más cercanamente, de la de nuestro Carlos Edmundo de Ory. Su verso, desnudo de puntuación y desnudamente sintagmático, expresa el dolor, la soledad y la orfandad del erotismo puro como quizá postularan —en caso de oficiar de preceptistas— los antecitados escritores. Antonio ha sabido decantar ese ímpetu juvenil del primer poema dolorido, a través de los filtros de una adultez desencantada: la suya propia. Pero se trata de una decantación depuradora, no excluyente. Por ello, lejos de abandonar el treno del balbuceo adolescente que invoca a los manes del Averno para hacer exhibición de sus llagas anímicas, el poeta ahonda, cual insomne arqueólogo de sí mismo, en el atormentado yacimiento de su propio ser humano. Allí encuentra una veta de insatisfacción legítima, no ficticia o inventada por ninguna voluntad de estilo. Esta firmeza, de raigambre vallejiana, le lleva a adoptar una cierta expresión de surrealismo, bien que domesticada por el duro látigo de su fuerza literaria. El inteligente diálogo con las citas, justo a un paso de la frontera de la receta snob, proporciona al libro credencial de tradición fidedigna, cabal, para cuanto postula.

Pero ocurre que el mensaje, a veces, ahoga a la poesía. El autor no encierra a su poesía en el verso. Ocurre al revés. El estro poético desborda la consciencia expresiva del poeta. Quizás haya de ser ésta la condición de quien abre caminos al arte poético. ¿Quién sabe? Puede, incluso,

que ocurra siempre. Pero, no se olvide el poeta: Apolo es el dios que liba la ambrosía. Dionisos es... tan sólo el vendimiador.

**POETA MARÍA PILAR LÓPEZ,
VIDA Y OBRA**



Andrés Salom

Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1992.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

UNA vida se vive una sola vez, sin embargo, se necesitan muchas vidas para contarla, quizá porque toda interpretación es fábula y la fábula tiende al infinito. ¿Cuál ha sido, hasta hoy, la vida de Pilar López?, ¿sus versos, qué nos dicen?... Todo se multiplica en boca de los que hablan, se corre el riesgo de perder el hilo que enlaza los sucesos.

Escribir la historia de una vida es un ejercicio casi siempre condenado al fracaso, a no ser que, el biógrafo, sea alguien que, como Andrés Salom, por ciencia y conciencia, recele del culto a la personalidad; y, ya de vuelta, cuando la historia es algo de lo que podemos dar cuenta, convencido de que la vida ha quedado atrapada en la palabra del otro, se limita a acompañar al lector por los textos de Pilar, páginas serenas en la prosa, apasionadas en el poema.

Labor de guía, no tanto porque señala y selecciona aquello que debemos leer, sino porque busca el tono, da a la anécdota la dimensión justa que el destino requiere.

Parafraseando a Miguel Espinosa recordaré que toda biografía comienza por el final, así ocurre que, aceptada la condición de fragmento que la vida tiene, cobra la transparencia de la lucidez. Meta que, aunque rara, puede ser alcanzada, si a la verdad se llega en compañía de la belleza.

Pilar ha vivido en un pueblo que se halla entre dos ramblas, la del Judío y la del Moro, y si la geografía fuese verdad, la verdad sería una contradicción, la misma en la que se fundamenta la vida.

Independiente y soñadora, mujer libre, cerca-

da por prejuicios, normas y rutinas, se ha hecho con los otros un lugar en el mundo; un mundo no mejor ni peor, pero en el que es bueno sentir con los demás la fuerza de la vida, esa corriente oscura que arrasa cuanto toca, y que a nadie le es dado contemplar desde la orilla.

A menudo, como confiesa el autor, antes que biografía resulta autobiografía, y lo es por doble motivo: unas veces, porque asistimos al sereno relato directo de Pilar, otras, porque el biógrafo refiere sus impresiones al conocer la personalidad de la poeta.

¿Qué descubre Andrés Salom en Pilar López? El milagro de la vida, con Pilar estamos en presencia de alguien que no teme al mundo, alguien que se entrega y, porque da, nos regala la vida.

Con pocos datos, pero suficientes, asistimos a los sucesos que han conformado los últimos sesenta años, en una familia, en una calle, en un pueblo, esto es, en el mundo. Así guerra civil, larguísima posguerra y transición, enmarcados en Cieza-Madrid-Murcia; más una constante, la necesidad de dejar su testimonio, ya en prosa, ya en verso.

La amenidad novelada con que cuenta Salom contribuye a que el lector, tras la lectura, ganado por la vida que ha sido presentada, sepa con toda certeza que, ahora, Pilar, vive más cerca.

El libro comienza con un prólogo de Aurelio Guirao que, perfecta pieza crítica, dispone al lector, y le advierte de los peligros que la biografía sortea; así, de nuevo, sin caer en la tentación de agregar un punto a la historia, la vida continúa su relato.

Una vida que deseo larga a Pilar y Andrés.

LA MUJER DE LA MECEDORA



Rubén Castillo Gallego

Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, 1992

PASCUAL GARCÍA

ESTE hermoso trabajo literario, galardonado con el XXXVIII Premio «Ateneo-Ciudad de Valladolid» de Novela Corta (1991), aborda de manera valiente una zona de la memoria particularmente dolorosa para su autor. Desde sus primeras decla-